Miguel Grau y el Convento de los Descalzos



Teniente Segundo
MICHEL LAGUERRE KLEIMANN

"Miguel Grau era, señores, un guerrero cristiano. Hombre de fe, toda su confianza se cifraba en Dios". Monseñor José Antonio Roca y Boloña.[1]
"Grau ve acercarse una guerra que no desea, que el Perú en ningún momento prepara y que nuestro marino piurano tiene que afrontar como una exigencia moral, no como un deseo del país". José Agustín de la Puente Candamo.[2]
"Alma de acero y corazón de niño, batió a una escuadra y perdonó al Cousiño". Pedro Paz Soldán y Unanue.[3]

Los grandes hombres de la historia han sido, la mayoría de veces, hombres de grandes proporciones de humildad, una humildad que se evidenciaba no solo en los momentos cúspides de sus vidas, sino, y he aquí lo rescatable, en el día a día. Una consecuencia lógica a una conciencia vigilante e íntegra, cuasi estoica que pocos logran –no es imposible– realizar. Los hombres que tuvieron una vida coherente dentro del tiempo que les tocó vivir, son los que han sobrevivido como figuras paradigmáticas positivas, logrando esquivar el ingrato olvido del tiempo.

Dentro de este tipo de personas podemos englobar, *grosso modo*, a figuras que, con o sin razón, han servido como ancla de unidad a instituciones –gubernamentales, eclesiásticas y militares– a lo largo de la historia de las sociedades.

Un ejemplo claro, verificable y positivamente imitable para una sociedad como la nuestra, donde los continuos vaivenes del construir y retroceder frenan los deseos ilustrados de nuestra independencia de España[4] –aunque simbólica, es la que tuvimos y compartimos con los demás países latinoamericanos, hispanoamericanos o indoamericanos– es la figura del Almirante Miguel Grau Seminario.



Capitán de Navío Miguel Grau Seminario (Archivo Histórico de Marina).

En este breve artículo no se hará una apología ni menos una hagiografía de la figura del ilustre marino peruano, tan ilustre como muchísimos más que se encuentran en compás de espera a que algún curioso investigador e historiador hable más profundamente de ellos. En este caso, nos dedicaremos a narrar un pasaje poco conocido en la vida de nuestro personaje.

Vale resaltar la humildad de don Miguel Grau, quien sabiendo que se venía su último descenso por el muelle Dársena, su último viaje de la lancha al inmortal monitor; seguramente mirando de reojo al puerto que se alejaba, queriendo volver a ver a su esposa, hijos, y amigos; ordenando su último zarpe del puerto del Callao hacia las aguas sureñas del antiguo Perú; no tuvo mayor gesto de madurez espiritual y humana que el postrarse ante su Dios y confesar sus faltas ante el representante de Cristo en la tierra. El fin se acercaba.

Este acto de suprema humildad ante su fe lo realizó en el Convento de los Descalzos del Rímac, a unas seis cuadras del río del mismo nombre, frente al colonial Paseo de los Descalzos, y a dos cuadras del monumento –mito o no– a la infidelidad moral de un virrey.

En palabras de Luis Alayza y Paz Soldán, que recoge el historiador peruano José Agustín de la Puente Candamo:

> *"Paz Soldán, que hablaba con Grau en francés, recordando los tiempos en que ambos vivieran en París, díjole, al despedirlo en la puerta: va usted a cosechar nuevos lauros, Contralmirante. 'Tout est perdu –contestó Grau –. Me voy para no volver. Esta mañana he comulgado en los Descalzos, y estoy preparado para entregar mi alma a Dios. [...]'"*[5].

Palabras que calaron en el espíritu no solo del joven Alayza, sino que irradiaron a toda una generación que vio en el Comandante del "Huáscar" y su tripulación la última esperanza del pueblo peruano ante la incapacidad, desorden, falta de previsión estratégica y unidad nacional por parte de la mayoría, o al menos los más influyentes, gobernantes de aquellos agrios años de guerra[6].

Para algunos, esa combinación de humildad y serenidad fue su talón de Aquiles. Para otros, fueron las alas que le faltaron a Ícaro para llegar al infinito. Ningún enemigo de aquellos fratricidas años logró ingresar a territorio peruano mientras el monitor vigilaba sigilosamente, cuasi omnipresente, las frías y ricas aguas, que años más tarde llevarían el nombre de su Comandante.



Lienzo con retrato de P.Pedro Gual y Pujadas (Museo de los Descalzos, Rímac - Lima). Fotografía: Marcela Santa María García.

Pero volvamos a los Descalzos y al sacerdote que lo confesó por última vez.

En cuanto al padre franciscano Pedro Gual y Pujadas, se puede decir que fue uno de los más brillantes sacerdotes apologéticos de la tradición católica de aquellos años, que se caracterizaron por las ácidas polémicas entre liberales y conservadores[7]. Los liberales buscaban desde la Independencia, y con más fuerza desde la década de 1850, apartar a la Iglesia de los asuntos de gobierno y ubicarla, en el orden estatal, por debajo del poder político[8]; esto como consecuencia de las ideas libertarias de los enciclopedistas que ya habían incendiado Estados Unidos de Norteamérica y Francia, arrastrando al mundo antiguo a la era de las revoluciones que cambiarían la faz de la vida en el mundo[9]. Entre los defensores más destacados, nos encontramos con el confesor del Comandante del monitor. De origen barcelonés, llegó al Perú en 1845 a la edad de 32 años. Era tan capaz, que representó al obispo Sebastián Goyeneche en el Concilio Vaticano I. Como buen franciscano, tuvo entre sus manos a San Agustín, a San Buenaventura –pensamiento escolástico–, Santo Tomás de Aquino, Hugo Grocio, Immanuel Kant, Jaime Balmes; y mantuvo debates con personajes peruanos de la talla del liberal ex clérigo Francisco de Paula González Vigil[10]; rebatió algunos argumentos de Renan, y era ya autor de cinco libros sobre la fe y la teología publicados antes de 1879. Falleció en 1890.[11]

Podemos decir que dos grandes se juntaron en el Convento de los Descalzos del Rímac, profetizando mediante gestos y símbolos lo obvio del porvenir oscuro que se levantaba sobre el Perú, así como del haz de luz que rompió hacia el infinito del tiempo, y que en palabras del monseñor J. A. Roca y Boloña dio pie a que:

> *"El infortunio y la gloria se dieron una cita misteriosa en las soledades del mar, sobre el puente de la histórica nave, que ostentaba, orgullosa, nuestro inmaculado pabellón, tantas veces resplandeciente en el combate. El infortunio batió sus negras alas, y, bajo de ellas, irguióse la Muerte, para segar en flor preciosas vidas, esperanza risueña de la Patria. Empero, cuando aquella consumaba su obra de ruina, apareció la Gloria, bañando con su purísima luz el teatro de ese drama con inmarcesibles coronas, las altas frentes que no se doblegaron ante el peligro, y mantuvieron siempre frescos los laureles, con que las ornara la Victoria.* (Cfr. Torres Arancivia, 2012: 200).

Dicha reunión de fe, entre el sacerdote y el marino, fue inmortalizada para las futuras generaciones, mediante un retrato al óleo del Gran Almirante, ubicado junto a la pequeña capilla del convento donde se arrodilló por última vez –solo ante Dios– y entregó su alma y voluntad a la defensa de los peruanos.

En la actualidad, dicho óleo comparte, junto a otros 500 de las escuelas Cusqueña, Limeña y Quiteñas del siglo XVI al XX, las instalaciones del ahora museo del Convento de los Descalzos del Rímac, convirtiéndose en el más rico repositorio de pinturas eclesiásticas con que cuenta el Perú. El ambiente conventual y místico del lugar invita a la reflexión y a la inspiración –a través del arte– artística y humana. Un lugar de portentosa paz al que todos ustedes están cordialmente invitados[12].

Como dato curioso, el retrato del padre Pedro Gual y Pujadas se encuentra en un ambiente próximo al del Gran Almirante, donde seguramente, y de vez en cuando –en especial los 8 de octubres de cada año– se reúnen para rememorar viejos encuentros y grandes anécdotas que solo están destinadas a pertenecer a los grandes hombres.

Referencias

1. Oración Fúnebre por el descanso eterno del Contralmirante Miguel Grau y sus gloriosos compañeros, pronunciada por Monseñor José Antonio Roca y Boloña el 29 de octubre de 1879. Cfr. Torres Arancivia, 2012: Apéndice Nro. 2

2. Cfr. de la Puente Candamo, 2003: 263
3. Íbid., p. 75.
4. Cfr. Anna: 17-84, 281-311
5. Cfr. de la Puente Candamo, 2003: 313.
6. Cfr. Torres Arancivia, 2012.
7. También llamados tradicionalistas. La diferencia entre tradición y tradicionalismo es finamente abordada por Karen Sanders. Cfr. Sanders, 1997: cap. 2.
8. Esto se puede entender al considerar que, para los liberales, tanto la Iglesia como el ejército eran las únicas instituciones que trascendieron al periodo colonial que tanto querían aborrecer, y por ende debían ser disminuidas y controladas. A finales del siglo XIX e inicios del XX, apareció el positivismo, manteniendo el mismo esquema. Cfr. Prado, 1941; Zea, 1976.
9. Cfr. Hobsbawm, 2011.
10. Famoso político peruano quien, en su discurso del 7 de noviembre de 1832, acusó al presidente Agustín Gamarra de no cumplir con las leyes. Es conocida su frase "Yo debo acusar, yo acuso". Cfr. Torres Arancivia, 2012: 267 – 275.
11. Cfr. Cuesta-Alonso, 2000.
12. Museo de los Descalzos, información para visitas Telf. 481-0441. Museo de los descalzos/ página oficial en Facebook.

Bibliografía

- Anna, Timothy E. (2003). *La caída del gobierno español en el Perú: el dilema de la Independencia.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Cuesta-Alonso, Marcelino R. (2000). *La teología apologética de Pedro Gual y Pujadas.* Anuario Historia de la Iglesia. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, IX. Pp. 528-536.
- De la Puente Candamo, José Agustín (2003). *Miguel Grau.* Lima: Instituto de Estudios Histórico Marítimos del Perú.
- Hobsbawm, Eric J. (2011). *La era de la revolución: 1789-1848.* Segunda. Buenos Aires: Crítica.
- Prado, Javier (1941). *Estado Social del Perú (Estudio Histórico-Sociológico).* Lima: Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú.
- Sanders, Karen (1997). *Nación y Tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana 1885-1930.* Pontificia Universidad Católica del Perú/Instituto Riva-Agüero/ Fondo de Cultura Económica.
- Torres Arancivia, Eduardo (2012). *La voz de nuestra historia. El poder de la oratoria civil y religiosa en el Perú (siglos XVI-XIX).* Lima: Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC).
- Zea, Leopoldo (1976). *El Pensamiento latinoamericano.* Barcelona



"No menor cuidado ha de poner el Príncipe en gobernar la nave de su Estado [...]". Diego de Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, 1640.